

El edificio Rockefeller, una historia del siglo XX español

Alrededor de la Residencia de Estudiantes en la Colina de los Chopos se fueron edificando –entre los 20' y los 60'- un conjunto de edificios que pasaron desde el programa de la Institución Libre de Enseñanza hasta lo que acabó siendo el “campus” del CSIC con el conjunto de edificios y accesos de Flores, Arniches y Domínguez, Fisac, Torroja y sus marquesinas del Ramiro o el Polideportivo del mismo Instituto de Vázquez de Castro. Es sin embargo el edificio que hace de fondo, el que nos encontramos de frente cuando accedemos desde Serrano el que sin duda le da el carácter Académico al entorno, el que con un lenguaje Harvariano nos habla de la importancia de toda una generación española de creadores de arte y ciencia de orden planetario que en los años 20 llamaron la atención del capital y este les construyó un templo. Mientras los artistas vivían en la residencia, un conjunto de científicos de primer nivel investigaron en el Rockefeller.

Manuel Sánchez Arcas y Luis Lacasa que estaban trabajando para la JAE (Junta para la Ampliación de Estudios) proyectando facultades para la Universidad la Complutense y arquitectos de la Residencia de Estudiantes, fueron los encargados –después de ganar un concurso- de diseñar en la Colina de los Chopos un edificio para el Instituto Nacional de Física y Química con la ayuda económica de la fundación Rockefeller.

Qué sino este, el de la Fundación Americana que contrato para los frescos de su edificio en NY a un comunista como Diego de Ribera y como arquitectos para su sucursal madrileña a dos comunistas; Uno, Sanchez Arcas, exiliado y muerto en Berlín -1970-, al otro; Luis Lacasa, también exilado y muerto en Moscú -1966-, le escribió un poema su añorado García Lorca, se llama “La Vaca” y está contenido en Poeta en Nueva York (1929-1930).

A Luis Lacasa:

Se tendió la vaca herida; árboles y arroyos trepaban por sus cuernos. Su hocico sangraba en el cielo. Su hocico de abejas bajo el bigote lento de la baba. Un alarido blanco puso en pie la mañana. Las vacas muertas y las vivas, rubor de luz o miel de establo, balaban con los ojos entornados. Que se enteren las raíces y aquel niño que afila su navaja de que ya se pueden comer la vaca. Arriba palidecen, luces y yugulares. Cuatro pezuñas tiemblan en el aire. Que se entere la luna y esa noche de rocas amarillas: que ya se fue la vaca de ceniza. Que ya se fue balando por el derribo de los cielos yertos donde meriendan muerte los borrachos.

ROCKEFELLER BUILDING, A SPANISH TWENTIETH-CENTURY HISTORY - Between the 1920s and the 1960, around the Residencia de Estudiantes in the Colina de los Chopos hill, a group of buildings were constructed, from the program of the Institución Libre de Enseñanza (Free Education Institute) until what eventually became the CSIC (Spanish National Research Council) campus, including the buildings and accesses by Flores, Arniches y Domínguez, Fisac, the roofs of the Ramiro de Maeztu School by Torroja or the sports centre by Vázquez de Castro. However, it's the building in the background, the one we find when entering from Serrano street, the responsible of giving the academic nature to the environment —the one that, in its Harvard-like language, tells us about the importance of a Spanish generation of science and art creators at a global scale who, in the 1920s, attracted the capital attention in a way that it built them a temple. While the artists lived in the residence, a group of first-class scientists performed their researches in the Rockefeller building. Manuel Sánchez Arcas and Luis Lacasa, who were working for the JAE (Council for the Extension of Studies) designing colleges for the Complutense University, and several architects living in the Residencia de Estudiantes were the ones in charge —after winning a competition— of designing a building for the National Institute of Physics and Chemistry in the Colina de los Chopos with the financial support of the Rockefeller foundation. What a fate for the American foundation, which had hired such a communist as Diego Rivera for painting the frescos of its building in NYC and two other communists as the architects for its headquarters in Madrid. One of them would die during the Civil War siege of Barcelona —Sánchez Arcas—. The other, Luis Lacasa, who had also died during his exile in Moscow, has a poem written by his yearned friend Federico García Lorca —it's called “Cow” and is featured in his work Poet in New York (1929-1930).